



Licenciatura en
Filosofía

Facultad de Humanidades Ciencias Sociales y de la Salud
UNIVERSIDAD NACIONAL DE SANTIAGO DEL ESTERO

Licenciatura en Filosofía



CURSO DE INGRESO 2020

fhu.unse.edu.ar



Guía de actividades para el Curso de Ingreso 2020 de la Licenciatura en Filosofía

PRESENTACIÓN

Estimadas y estimados aspirantes a ingresar a la Licenciatura en Filosofía:

Les damos la bienvenida al curso de ingreso 2020 de nuestra Carrera. Juntos realizaremos este trayecto de formación inicial que tiene como fin brindarles algunas herramientas necesarias para adentrarse en la cultura académica y, en especial, en la carrera que han elegido. La filosofía, como un saber esencialmente teórico, se formula preguntas y desarrolla argumentos que están ligados a las inquietudes y problemas, a las limitaciones y a las posibilidades de la época y de la sociedad de la que un filósofo o una filósofa forman parte. Comprenderlos mejor requiere que tengamos presente su contexto histórico. Es decir, que revisemos la historia. Al mismo tiempo, la filosofía trabaja fundamentalmente con conceptos. Muchas de sus ideas sólo se logran distinguir y comprender bien una vez que han sido puestas por escrito. Necesitamos conocer con cierto cuidado la lengua y las reglas lingüísticas de acuerdo con las que se construyen correctamente los enunciados filosóficos. Por eso, refrescaremos nuestros conocimientos de gramática. Pero, además, la filosofía vive en los argumentos que hacen los/as filósofos/as. Necesitamos, entonces, ejercitarnos en el análisis, la síntesis y la argumentación. Con este propósito hemos seleccionado tres textos filosóficos clásicos que nos ayudarán a tener una idea más precisa de cuáles son los problemas que preocupan a quienes filosofan y a reconocer, por lo pronto, dos formas muy eficaces de argumentar.

Entrar en contacto con las obras de Platón y de Descartes será una ocasión para que cada uno agudice su inteligencia y descubra los problemas filosóficos que en ellas se plantean, pero también será una oportunidad para que cada uno ponga a jugar su imaginación ante los dilemas que estos filósofos han enfrentado y se anime a ensayar argumentos que persuadan a sus docentes y compañeros.

Durante los encuentros, en los que estarán acompañados por profesores de la Licenciatura en Filosofía y del Área de Alfabetización Académica de nuestra Facultad, nos valdremos de la *cartilla* que tienen en sus manos. Esta cartilla contiene una selección de textos y una serie de actividades que trabajaremos durante esta etapa inicial del ingreso a la

Universidad. Esperamos que la disfruten y que despierte en cada uno la curiosidad y el deseo de pensar.¹

PENSAMIENTO CRÍTICO

PRIMER ENCUENTRO:

Platón y la filosofía como modo de vida

Para los filósofos griegos, la filosofía constituía mucho más que un ejercicio intelectual riguroso y un esfuerzo científico sostenido, representaba ante todo un *modo de vida*, una manera de conducir la propia existencia *examinándose a sí mismo*. Las razones por las cuales tomamos determinadas decisiones, los motivos que nos impulsan a obrar y cuyas raíces se hunden muchas veces en el misterio de lo que somos incluso para nosotros mismos, los argumentos con los que cuestionamos la comunidad política a la que pertenecemos son asuntos que Platón, discípulo de Sócrates y maestro de Aristóteles, considera fines propios de la filosofía. Fines propios en un doble sentido. Por un lado, constituyen los temas de su reflexión teórica y, por otro, encarnan su misión ética y política. La filosofía no sólo apunta a pensar, desea transformar la experiencia de quienes filosofan y la de las sociedades en las que les ha tocado vivir. Transformarlas, por lo pronto, en el sentido de no dejar que los hombres sucumban al autoengaño, moverlos a que examinen seriamente sus creencias y convicciones entumecidas e impedir que se vuelvan indiferentes a la verdad y a la justicia.²

La obra de Platón sobre la que trabajaremos tiene como título *Critón* (el nombre de uno de los personajes de la obra).³ El *Critón* es un diálogo que integra el conjunto de los primeros escritos del filósofo ateniense. Estos escritos, en buena medida, giran en torno de algunas de las ideas filosóficas que Platón recrea de la enseñanza oral de su célebre maestro, Sócrates. A lo largo de toda la historia de Occidente, tanto los defensores como los detractores de la figura de Sócrates coinciden en verlo como el ejemplo más acabado de una *clara actitud filosófica frente a los problemas fundamentales de la vida humana*.⁴

El *Critón* pone en escena las horas finales de la vida de Sócrates, luego de haber sido condenado a la pena de muerte por el tribunal ateniense (en el año 399 a. C.).⁵ Esta experiencia, como se sabe, resultó ser un impulso decisivo en la carrera filosófica de Platón

¹ Este texto ha sido redactado por el Profesor Marcelo Barrionuevo-Chebel del Departamento de Filosofía (FHCsyS-UNSE).

² Sobre la filosofía como forma de vida, puede consultarse un texto ya clásico de P. Hadot: https://www.academia.edu/34345744/Hadot_Pierre_La_Filosof%C3%ADa_Como_Forma_De_Vida.pdf?auto=download

³ Se recomienda consultar el estudio introductorio y la traducción del *Critón* realizados por A. Gómez-Lobo. A. Gómez-Lobo (2006) *Platón. Critón. Traducción, análisis y notas*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria. (En la Biblioteca del Departamento de Filosofía disponemos de ejemplares de esta obra).

⁴ Cf. W. Jaeger, *Paideia. Los ideales de la cultura griega* (1957) p. 389.

⁵ Cf. Platón, *Apología de Sócrates* 24b. Entre las ediciones al castellano de esta obra, puede consultarse con mucho provecho: Vigo (2018) *Platón. Apología de Sócrates*. Buenos Aires, Colihue.

quién, durante sus primeras obras, se impone la tarea de presentar la auténtica figura de Sócrates, mostrar la naturaleza de su indagación filosófica y revelar cuáles eran los verdaderos propósitos que animaban su trato con los jóvenes y con sus conciudadanos. Pues, recordemos aquí, que Sócrates había sido acusado de corromper a la juventud.

La tensión dramática que recorre cada uno de los momentos del *Critón* nos permiten recuperar la tensión dramática que atraviesa todo ejercicio filosófico que reconoce “la importancia de lo que nos preocupa”.⁶ La importancia moral, política, religiosa y, en definitiva, humana de los que nos preocupa. Esforzarnos por reconocer, enunciar, analizar y someter esas “preocupaciones” al diálogo con otros es una tarea que nos convierte a los que hoy filosofamos en *auténticos* discípulos modernos de Sócrates.⁷

Actividades

1. Cuando Platón redacta el *Critón* (ca. 396 a. C.), Atenas vive un período de profunda crisis política después de haber sido la *polis* griega que protagonizara un siglo de esplendor. Reconstruya el contexto político y social de la Atenas de los siglos V y IV a. C.
2. ¿En qué situación tiene lugar el diálogo entre Sócrates y Critón? ¿Hay alguna conexión importante entre esa situación y el problema filosófico del que se ocupa el diálogo? A su juicio, ¿cuál es el problema filosófico que aquí está en juego?
3. Desde su punto de vista, ¿qué le preocupa a Critón? ¿Diría que estas preocupaciones tienen un significado moral?
4. ¿Está de acuerdo Sócrates con las razones para obrar que Critón le pide que acepte? Sí/No ¿Por qué?
5. De acuerdo con Sócrates, ¿qué criterios debemos priorizar a la hora de tomar de decisiones serias en la vida? ¿Esos criterios son criterios morales?

⁶ Cf. H. Frankfurt (2006) *La importancia de lo que nos preocupa*. Ensayos filosóficos. Buenos Aires, Katz.

⁷ Este texto ha sido redactado por el Dr. Marcelo Barrionuevo Chebel, profesor de la Cátedra de Filosofía Antigua (FHCsyS-UNSE).

6. Selecciones cinco (5) pasajes del diálogo donde se pueda ver con claridad la posición que toma Sócrates en la discusión con su amigo Critón.
7. ¿Usted diría que hay un *conflicto ético* entre Critón y Sócrates? ¿Por qué?
8. ¿Diría que Platón nos muestra a sus lectores un “método” según el cual Sócrates conduce el diálogo con Critón y luego la reflexión final?

Recursos bibliográficos

Gómez-Lobo, A. (2006) *Platón. Critón*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.

Hadot. P. (2009) *La filosofía como forma de vida*, capítulo 7: “La filosofía como vida y como búsqueda de la sabiduría”.
https://www.academia.edu/34345744/Hadot_Pierre_La_Filosof%C3%ADa_Como_Forma_De_Vida.pdf?auto=download

Kitto, H.D. (2010) *Los griegos*. Buenos Aires, Eudeba.

Romilly, J. de (2004) *La ley en la Grecia clásica*. Buenos Aires, Editorial Biblos.

Vigo, A. (2018) *Platón. Apología de Sócrates*. Buenos Aires, Colihue.

Recursos audiovisuales

1. Para hacernos una idea sobre la situación social y política de la Atenas clásica, puede verse:
<https://www.youtube.com/watch?v=7hPB8QhCv7c>
2. A continuación, una película sobre la vida de Sócrates del director italiano Roberto Rosellini:
<https://www.youtube.com/watch?v=qixfEOavcqE>

TEXTO

Platón

CRITÓN⁸

- 43a SÓCRATES. - ¿Por qué vienes a esta hora, Critón? ¿No es pronto todavía?
- CRITÓN. - En efecto, es muy pronto.
- SÓCRATES - ¿Qué hora es exactamente?
- CRITÓN. - Comienza a amanecer.
- SÓCRATES. -Me extraña que el guardián de la prisión haya querido atenderte.
- CRITÓN. -Es ya amigo mío, Sócrates, de tanto venir aquí; además ha recibido de mí alguna gratificación.
- SÓCRATES. - ¿Has venido ahora o hace tiempo?
- CRITÓN. -Hace ya bastante tiempo.
- b SÓCRATES. -¿Y cómo no me has despertado en seguida y te has quedado sentado ahí al lado, en silencio?

⁸ Platón. *Diálogos I*. Traducción de J. Calonge. Gredos, Madrid, 1982.

CRITÓN. - No, por Zeus, Sócrates, en esta situación tampoco habría querido yo mismo estar en tal desvelo y sufrimiento, pero hace rato que me admiro viendo qué suavemente duermes, y a intención no te desperté para que pasaras el tiempo lo más agradablemente. Muchas veces, ya antes durante toda tu vida, te consideré feliz por tu carácter, pero mucho más en la presente desgracia, al ver qué fácil y apaciblemente la llevas.

SÓCRATES. -Ciertamente, Critón, no sería oportuno irritarme a mi edad, si debo ya morir.

c CRITÓN. -También otros de tus años, Sócrates, se encuentran metidos en estas circunstancias, pero su edad no les libra en nada de irritarse con su suerte presente.

SÓCRATES. -Así es. Pero, ¿por qué has venido tan temprano?

d CRITÓN. -Para traerte, Sócrates, una noticia dolorosa y agobiante, no para ti, según veo, pero ciertamente dolorosa y agobiante para mí y para todos tus amigos, y que para mí, según veo, va a ser muy difícil de soportar.

SÓCRATES. - ¿Cuál es la noticia? ¿Acaso ha llegado ya desde Delos el barco a cuya llegada debo yo morir?

CRITÓN. - No ha llegado aún, pero me parece que estará aquí hoy, por lo que anuncian personas venidas de Sunio que han dejado el barco allí. Según estos mensajeros, es seguro que estará aquí hoy, y será necesario, Sócrates, que mañana acabes tu vida.

44a SÓCRATES. -Pues, ¡buena suerte!, Critón. Sea así, si así es agradable a los dioses. Sin embargo, no creo que el barco esté aquí hoy.

CRITÓN. -¿De dónde conjeturas eso?

SÓCRATES. - Voy a decírtelo. Yo debo morir al día siguiente de que el barco llegue.

CRITÓN. -Así dicen los encargados de estos asuntos.

SÓCRATES. - Entonces, no creo que llegue el día que está empezando sino el siguiente. Me fundo en cierto sueño que he tenido hace poco, esta noche. Probablemente ha sido muy oportuno que no me despertaras.

CRITÓN. - ¿Cuál era el sueño?

b SÓCRATES. -Me pareció que una mujer bella, de buen aspecto, que llevaba blancos vestidos se acercó a mí, me llamó y me dijo: «*Sócrates, al tercer día llegarás a la fértil Ptía*».

CRIT. - Extraño es el sueño, Sócrates.

SÓC. - En todo caso, muy claro, según yo creo, Critón.

c
CRIT. - Demasiado claro, según parece. Pero, querido Sócrates, todavía en este momento hazme caso y sálvate. Para mí, si tú mueres, no será una sola desgracia, sino que, aparte de verme privado de un amigo como jamás encontraré otro, muchos que no nos conocen bien a ti y a mí creerán que, habiendo podido yo salvarte, si hubiera querido gastar dinero, te he abandonado. Y, en verdad, ¿hay reputación más vergonzosa que la de parecer que se tiene en más al dinero que a los amigos? Porque la mayoría no llegará a convencerse de que tú mismo no quisiste salir de aquí, aunque nosotros nos esforzábamos en ello.

d
SÓC. -Pero ¿por qué damos tanta importancia, mi buen Critón, a la opinión de la mayoría? Pues los más capaces, de los que sí vale la pena preocuparse, considerarán que esto ha sucedido como en realidad suceda.

CRIT. - Pero ves, Sócrates, que es necesario también tener en cuenta la opinión de la mayoría. Esto mismo que ahora está sucediendo deja ver, claramente, que la mayoría es capaz de producir no los males más pequeños, sino precisamente los mayores, si alguien ha incurrido en su odio.

e
SÓC.- ¡Ojalá, Critón, que los más fueran capaces de hacer los males mayores para que fueran también capaces de hacer los mayores bienes! Eso sería bueno. La realidad es que no son capaces ni de lo uno ni de lo otro; pues, no siendo tampoco capaces de hacer a alguien sensato ni insensato, hacen lo que la casualidad les ofrece.

45a
CRIT. -Bien, aceptemos que es así. ¿Acaso no te estás tú preocupando de que a mí y a los otros amigos, si tú sales de aquí, no nos creen dificultades los sicofantes al decir que te hemos sacado de la cárcel, y nos veamos obligados a perder toda nuestra fortuna o mucho dinero o, incluso, a sufrir algún otro daño además de éstos? Si, en efecto, temes algo así, déjalo en paz. Pues es justo que nosotros corramos este riesgo para salvarte y, si es preciso, otro aún mayor. Pero hazme caso y no obres de otro modo.

SÓC. - Me preocupa eso, Critón, y otras muchas cosas.

CRIT. - Pues bien, no temas por ésta. Ciertamente, tampoco es mucho el dinero que quieren recibir algunos para salvarte y sacarte de aquí. Además, ¿no ves qué baratos están estos sicofantes y que no sería necesario gastar en ellos mucho dinero? Está a tu disposición mi fortuna que será suficiente, según creo. Además, si te preocupas por mí y crees que no debes gastar lo mío, están aquí algunos extranjeros dispuestos a gastar su dinero. Uno ha traído, incluso, el suficiente para ello, Simias de Tebas. Están dispuestos también Cebes y otros muchos. De manera que, como digo, por temor a esto no vaciles en salvarte; y que tampoco sea para ti dificultad lo que dijiste en el tribunal, que si salías de Atenas,

b

c no sabrías cómo valerte. En muchas partes, adonde quiera que tú llegues, te acogerán con cariño. Si quieres ir a Tesalia, tengo allí huéspedes que te tendrán en gran estimación y que te ofrecerán seguridad, de manera que nadie te moleste en Tesalia.

d Además, Sócrates, tampoco me parece justo que intentes traicionarte a ti mismo, cuando te es posible salvarte. Te esfuerzas porque te suceda aquello por lo que trabajarían con afán y, de hecho, han trabajado tus enemigos deseando destruirte. Además, me parece a mí que traicionas también a tus hijos; cuando te es posible criarlos y educarlos, los abandonas y te vas, y, por tu parte, tendrán la suerte que el destino les depara, que será, como es probable, la habitual de los huérfanos durante la orfandad. Pues, o no se debe tener hijos, o hay que fatigarse para criarlos y educarlos. Me parece que tú eliges lo más cómodo. Se debe elegir lo que elegiría un hombre bueno y decidido, sobre todo cuando se ha dicho durante toda la vida que se ocupa uno de la virtud. Así que yo siento vergüenza, por ti y por nosotros tus amigos, de que parezca que todo este asunto tuyo se ha producido por cierta cobardía nuestra: la instrucción del proceso para el tribunal, siendo posible evitar el proceso, el mismo desarrollo del juicio tal como sucedió, y finalmente esto, como desenlace ridículo del asunto, y que parezca que nosotros nos hemos quedado al margen de la cuestión por incapacidad y cobardía, así como que no te hemos salvado ni tú te has salvado a ti mismo, cuando era realizable y posible, por pequeña que fuera nuestra ayuda. Así pues, procura, Sócrates, que esto, además del daño, no sea vergonzoso para ti y para nosotros. Pero toma una decisión; por más que ni siquiera es ésta la hora de decidir, sino la de tenerlo decidido. No hay más que una decisión; en efecto, la próxima noche tiene que estar todo realizado. Si esperamos más, ya no es posible ni realizable. En todo caso, déjate persuadir y no obres de otro modo.

46a *16* SÓC. - Querido Critón, tu buena voluntad sería muy de estimar, si le acompañara algo de rectitud; si no, cuanto más intensa, tanto más penosa. Así pues, es necesario que reflexionemos si esto debe hacerse o no. Porque yo, no sólo ahora sino siempre, soy de condición de no prestar atención a ninguna otra cosa que al razonamiento que, al reflexionar, me parece el mejor. Los argumentos que yo he dicho en tiempo anterior no los puedo desmentir ahora porque me ha tocado esta suerte, más bien me parecen ahora, en conjunto, de igual valor y respeto, y doy mucha importancia a los mismos argumentos de antes. Si no somos capaces de decir nada mejor en el momento presente, sabe bien que no voy a estar de acuerdo contigo, ni aunque la fuerza de la mayoría nos asuste como a niños con más espantajos que los de ahora en que nos envía prisiones, muertes y privaciones de bienes. ¿Cómo podríamos examinar eso más adecuadamente? Veamos, por lo pronto, si recogemos la

idea que tú expresabas acerca de las opiniones de los hombres, a saber, si hemos tenido razón o no al decir siempre que deben tenerse en cuenta unas opiniones y otras no. ¿O es que antes de que yo debiera morir estaba bien dicho, y en cambio ahora es evidente que lo decíamos sin fundamento, por necesidad de la expresión, pero sólo era un juego infantil y pura charlatanería? Yo deseo, Critón, examinar contigo si esta idea me parece diferente en algo, cuando me encuentro en esta situación, o me parece la misma, y, según el caso, si la vamos a abandonar o la vamos a seguir. Según creo, los hombres cuyo juicio tiene interés dicen siempre, como yo decía ahora, que entre las opiniones que los hombres manifiestan deben estimarse mucho algunas y otras no. Por los dioses, Critón, ¿no te parece que esto está bien dicho? En efecto, tú, en la medida de la previsión humana, estás libre de ir a morir mañana, y la presente desgracia no va a extraviar tu juicio. Examínalo. ¿No te parece que está bien decir que no se deben estimar todas las opiniones de los hombres, sino unas sí y otras no, y las de unos hombres sí y las de otros no? ¿Qué dices tú? ¿No está bien decir esto?

CRIT.- Está bien.

SÓC. - ¿Se deben estimar las valiosas y no estimar las malas?

CRIT. - Sí.

SÓC. - ¿Son valiosas las opiniones de los hombres juiciosos, y malas las de los hombres de poco juicio?

CRIT. - ¿Cómo no?

b SÓC. - Veamos en qué sentido decíamos tales cosas. Un hombre que se dedica a la gimnasia, al ejercitarla ¿tiene en cuenta la alabanza, la censura y la opinión de cualquier persona, o la de una sola persona, la del médico o el entrenador?

CRIT. -La de una sola persona.

SÓC. -Luego debe temer las censuras y recibir con agrado los elogios de aquella sola persona, no los de la mayoría.

CRIT. - Es evidente.

SÓC.-Así pues, ha de obrar, ejercitarse, comer y beber según la opinión de ése solo, del que está a su cargo y entiende, y no según la de todas los otros juntos.

CRIT. - Así es.

c

SÓC. - Bien. Pero si no hace caso a ese solo hombre y desprecia su opinión y sus elogios, y, en cambio, estima las palabras de la mayoría, que nada entiende, ¿es que no sufrirá algún daño?

CRIT. - ¿Cómo no?

SÓC. - ¿Qué daño es este, hacia dónde tiende y a qué parte del que no hace caso?

CRIT. - Es evidente que al cuerpo; en efecto, lo arruina.

d SÓC. - Está bien. Lo mismo pasa con las otras cosas, Critón, a fin de no repasarlas todas. También respecto a lo justo y lo injusto, lo feo y lo bello, lo bueno y lo malo, sobre lo que ahora trata nuestra deliberación, ¿acaso debemos nosotros seguir la opinión de la mayoría y temerla, o la de uno solo que entienda, si lo hay, al cual hay que respetar y temer más que a todos los otros juntos? Si no seguimos a éste, dañaremos y maltrataremos aquello que se mejora con lo justo y se destruye con lo injusto. ¿No es así esto?

CRIT. - Así lo pienso, Sócrates.

e SÓC. - Bien, si lo que se hace mejor por medio de lo sano y se daña por medio de lo enfermo, lo arruinamos por hacer caso a la opinión de los que no entienden, ¿acaso podríamos vivir al estar eso arruinado? Se trata del cuerpo, ¿no es así?

CRIT. - Sí.

SÓC. - ¿Acaso podemos vivir con un cuerpo miserable y arruinado?

CRIT. - De ningún modo.

48a SÓC. - Pero ¿podemos vivir, acaso, estando dañado aquello con lo que se arruina lo injusto y se ayuda a lo justo? ¿Consideramos que es de menos valor que el cuerpo la parte de nosotros, sea la que fuere, en cuyo entorno están la injusticia y la justicia?

CRIT. - De ningún modo.

SÓC. - ¿Ciertamente es más estimable?

CRIT. - Mucho Más.

SÓC. - Luego, querido amigo, no debemos preocuparnos mucho de lo que nos vaya a decir la mayoría, sino de lo que diga el que entiende sobre las cosas justas e injustas, aunque sea uno sólo, y de lo que la verdad misma diga. Así que, en primer término, no fue acertada tu propuesta de

b

que debemos preocuparnos de la opinión de la mayoría acerca de lo justo, lo bello y lo bueno y sus contrarios. Pero podría decir alguien que los más son capaces de condenarnos a muerte.

CRIT. - Es evidente que podría decirlo, Sócrates.

SÓC. - Tienes razón. Pero, mi 'buen amigo, este razonamiento que hemos recorrido de cabo a cabo me parece a mí que es aún el mismo de siempre. Examina, además, si también permanece firme aún, para nosotros, o no permanece el razonamiento de que no hay que considerar lo más importante el vivir, sino el vivir bien.

CRIT. - Sí permanece.

SÓC. - ¿La idea de que vivir bien, vivir honradamente y vivir justamente son el mismo concepto, permanece, o no permanece?

CRIT. - Permanece.

c
SÓC. -Entonces, a partir de lo acordado hay que examinar si es justo, o no lo es, el que yo intente salir de aquí sin soltarme los atenienses. Y si nos parece justo, intentémoslo, pero si no, dejémoslo. En cuanto a las consideraciones de que hablas sobre el gasto de dinero, la reputación y la crianza de los hijos, es de temer, Critón, que éstas, en realidad, sean reflexiones adecuadas a éstos que condenan a muerte y harían resucitar, si pudieran, sin el menor
d sentido, es decir, a la mayoría. Puesto que el razonamiento lo exige así, nosotros no tenemos otra cosa que hacer, sino examinar, como antes decía, si nosotros, unos sacando de la cárcel y otro saliendo, vamos a actuar justamente pagando dinero y favores a los que me saquen, o bien vamos a obrar injustamente haciendo todas estas cosas. Y si resulta que vamos a realizar actos injustos, no es necesario considerar si, al quedarnos aquí sin emprender acción alguna, tenemos que morir o sufrir cualquier otro daño, antes que obrar injustamente.

CRIT. -Me parece acertado lo que dices, Sócrates, mira qué debemos hacer.

e
SÓC. -Examinémoslo en común, amigo, y si tienes algo que objetar mientras yo hablo, objétalo y yo te haré caso. Pero si no, mi buen Critón, deja ya de decirme una y otra vez la misma frase, que tengo que salir de aquí contra la voluntad de los atenienses, porque yo doy mucha
49a importancia a tomar esta decisión tras haberte persuadido y no contra tu voluntad; mira si te parece que está bien

planteada la base del razonamiento e intenta responder, a lo que yo pregunte, lo que tú creas más exactamente.

CRIT. - Lo intentaré.

b SÓC. - ¿Afirmamos que en ningún caso hay que hacer el mal voluntariamente, o que en unos casos sí y en otros no, o bien que de ningún modo es bueno y honrado hacer el mal, tal como hemos convenido muchas veces anteriormente? Eso es también lo que acabamos de decir. ¿Acaso todas nuestras ideas comunes de antes se han desvanecido en estos pocos días y, desde hace tiempo, Critón, hombres ya viejos, dialogamos uno con otro, seriamente sin darnos cuenta de que en nada nos distinguimos de los niños? O, más bien, es totalmente como nosotros decíamos entonces, lo afirme o lo niegue la mayoría; y, aunque tengamos que sufrir cosas aún más penosas que las presentes, o bien más agradables, ¿cometer injusticia no es, en todo caso, malo y vergonzoso para el que la comete? ¿Lo afirmamos o no?

CRIT. -Lo afirmamos.

SÓC. -Luego de ningún modo se debe cometer injusticia.

CRIT. -Sin duda.

c SÓC. -Por tanto, tampoco si se recibe injusticia se debe responder con la injusticia, como cree la mayoría, puesto que de ningún modo se debe cometer injusticia.

CRIT. - Es evidente.

SÓC. - ¿Se debe hacer mal, Critón, o no?

CRIT. - De ningún modo se debe, Sócrates.

SÓC. -¿Y responder con el mal cuando se recibe mal es justo, como afirma la mayoría, o es injusto?

CRIT. -De ningún modo es justo.

SÓC. - Pues el hacer daño a la gente en nada se distingue de cometer injusticia.

CRIT. - Dices la verdad.

d SÓC. -Luego no se debe responder con la injusticia ni hacer mal a ningún hombre, cualquiera que sea el daño que se reciba de él. Procura, Critón, no aceptar esto contra tu opinión, si lo aceptas; yo sé, ciertamente, que esto lo admiten y lo admitirán unas pocas personas. No es posible una determinación común para los que han formado su opinión de esta manera y para los que mantienen lo

e

contrario, sino que es necesario que se desprecien unos a otros, cuando ven la determinación de la otra parte. Examina muy bien, pues, también tú si estás de acuerdo y te parece bien, y si debemos iniciar nuestra deliberación a partir de este principio, de que jamás es bueno ni cometer injusticia, ni responder a la injusticia con la injusticia, ni responder haciendo mal cuando se recibe el mal. ¿O bien te apartas y no participas de este principio? En cuanto a mí, así me parecía antes y me lo sigue pareciendo ahora, pero si a ti te parece de otro modo, dílo y explícalo. Pero si te mantienes en lo anterior, escucha lo que sigue.

CRIT. -Me mantengo y también me parece a mí. Continúa.

SÓC. - Digo lo siguiente, más bien pregunto: ¿las cosas que se ha convenido con alguien que son justas hay que hacerlas o hay que darles una salida falsa?

CRIT. -Hay que hacerlas.

50a SÓC. - A partir de esto, reflexiona. Si nosotros nos vamos de aquí sin haber persuadido a la ciudad, ¿hacemos daño a alguien y, precisamente, a quien me nos se debe, o no? ¿Nos mantenemos en lo que hemos acordado que es justo, o no?

CRIT. - No puedo responder a lo que preguntas, Sócrates; no lo entiendo.

b SÓC. -Considéralo de este modo. Si cuando nosotros estemos a punto de escapar de aquí, o como haya que llamar a esto, vinieran las leyes y el común de la ciudad y, colocándose delante, nos dijeran: «Dime, Sócrates, ¿qué tienes intención de hacer? ¿No es cierto que, por medio de esta acción que intentas, tienes el propósito, en lo que de ti depende, de destruirnos a nosotras y a toda la ciudad? ¿Te parece a ti que puede aún existir sin arruinarse la ciudad en la que los juicios que se producen no tienen efecto alguno, sino que son invalidados por particulares y quedan anulados?» ¿Qué vamos a responder, Critón, a estas preguntas y a otras semejantes? Cualquiera, especialmente un orador, podría dar muchas razones en defensa de la ley, que intentamos destruir, que ordena que los juicios que han sido sentenciados sean firmes. ¿Acaso les diremos: «La ciudad ha obrado injustamente con nosotros y no ha llevado el juicio rectamente»? ¿Les vamos a decir eso?

c CRIT. - Sí, por Zeus, Sócrates.

SÓC. - Quizá dijeran las leyes: «¿Es esto, Sócrates, lo que hemos convenido tú y nosotras, o bien que hay que

d

b permanecer fiel a las sentencias que dicte la ciudad?» Si nos extrañáramos de sus palabras, quizá dijeran: «Sócrates no te extrañes de lo que decimos, sino respóndenos, puesto que tienes la costumbre de servirte de preguntas y respuestas. Veamos, ¿qué acusación tienes contra nosotras y contra la ciudad para intentar destruimos? En primer lugar, ¿no te hemos dado nosotras la vida y, por medio de nosotras, desposó tu padre a tu madre y te engendró? Dinos, entonces, ¿a las leyes referentes al matrimonio les censuras algo que no esté bien?» «No las censuro», diría yo. «Entonces, ¿a las que se refieren a la crianza del nacido y a la educación en la que te has educado? ¿Acaso las que de nosotras estaban establecidas para ello no disponían bien ordenando a tu padre que te educara en la música y en la gimnasia?» «Sí disponían bien», diría yo. «Después que hubiste nacido y hubiste sido criado y educado, ¿podrías decir, en principio, que no eras resultado de nosotras y nuestro esclavo, tú y tus ascendientes? Si esto es así, ¿acaso crees que los derechos son los mismos para ti y para nosotras, y es justo para ti responder haciéndonos, a tu vez, lo que nosotras intentemos hacerte? Ciertamente no serían iguales tus derechos respecto a tu padre y respecto a tu dueño, si lo tuvieras, como para que respondieras haciéndoles lo que ellos te hicieran, insultando a tu vez al ser insultado, o golpeando al ser golpeado, y así sucesivamente. ¿Te sería posible, en cambio, hacerlo con la patria y las leyes, de modo que si nos proponemos matarte, porque lo consideramos justo, por tu parte intentes, en la medida de tus fuerzas, destruimos a nosotras, las leyes, y a la patria, y afirmes que al hacerlo obras justamente, tú, el que en verdad se preocupa de la virtud? ¿Acaso eres tan sabio que te pasa inadvertido que la patria merece más honor que la madre, que el padre y que todos los antepasados, que es más venerable y más santa y que es digna de la mayor estimación entre los dioses y entre los hombres de juicio? ¿Te pasa inadvertido que hay que respetarla y ceder ante la patria y halagarla, si está irritada, más aún que al padre; que hay que convencerla u obedecerla haciendo lo que ella disponga; que hay que padecer sin oponerse a ello, si ordena padecer algo; que si ordena recibir golpes, sufrir prisión, o llevarte a la guerra para ser herido o para morir, hay que hacer esto porque es lo justo, y no hay que ser débil ni retroceder ni abandonar el puesto, sino que en la guerra, en el tribunal y en todas partes hay que hacer lo que la ciudad y la patria ordene, o persuadirla de lo que es justo; y que es ímpío hacer violencia a la madre y al padre, pero lo es mucho más aún a

la patria?» ¿Qué vamos a decir a esto, Critón? ¿Dicen la verdad las leyes o no?

CRIT. - Me parece que sí.

SÓC. -Tal vez dirían aún las leyes: «Examina, además, Sócrates, si es verdad lo que nosotras decimos, que no es justo que trates de hacernos lo que ahora intentas. En efecto, nosotras te hemos engendrado, criado, educado y te hemos hecho participe, como a todos los demás ciudadanos, de todos los bienes de que éramos capaces; a pesar de esto proclamamos la libertad, para el ateniense que lo quiera, una vez que haya hecho la prueba legal para adquirir los derechos ciudadanos y, haya conocido los asuntos públicos y a nosotras, las leyes, de que, si no le parecemos bien, tome lo suyo y se vaya adonde quiera. Ninguna de nosotras, las leyes, lo impide, ni prohíbe que, si alguno de vosotros quiere trasladarse a una colonia, si no le agradamos nosotras y la ciudad, o si quiere ir a otra parte y vivir en el extranjero, que se marche adonde quiera llevándose lo suyo.

d e »El que de vosotros se quede aquí viendo de qué modo celebramos los juicios y administramos la ciudad en los demás aspectos, afirmamos que éste, de hecho, ya está de acuerdo con nosotras en que va a hacer lo que nosotras ordenamos, y decimos que el que no obedezca es tres veces culpable, porque le hemos dado la vida, y no nos obedece, porque lo hemos criado y se ha comprometido a obedecernos, y no nos obedece ni procura persuadirnos si no hacemos bien alguna cosa.

52a Nosotras proponemos hacer lo que ordenamos y no lo imponemos violentamente, sino que permitimos una opción entre dos, persuadirnos u obedecernos; y el que no obedece no cumple ninguna de las dos. Decimos, Sócrates, que tú vas a quedar sujeto a estas inculpaciones y no entre los que menos de los atenienses, sino entre los que más, si haces lo que planeas.»

Si entonces yo dijera: «¿Por qué, exactamente?», quizá me respondieran con justicia diciendo que precisamente yo he aceptado este compromiso como muy pocos atenienses.

b Dirían: «Tenemos grandes pruebas, Sócrates, de que nosotras y la ciudad te parecemos bien. En efecto, de ningún modo hubieras permanecido en la ciudad más destacadamente que todos los otros ciudadanos, si ésta no te hubiera agrado especialmente, sin que hayas salido nunca de ella para una fiesta, excepto una vez al Istmo, ni a ningún otro territorio a

c no ser como soldado; tampoco hiciste nunca, como hacen los demás, ningún viaje al extranjero, ni tuviste deseo de conocer

otra ciudad y otras leyes, sino que nosotras y la ciudad éramos satisfactorias para ti. Tan plenamente nos elegiste y acordaste vivir como ciudadano según nuestras normas, que incluso tuviste hijos en esta ciudad, sin duda porque te encontrabas bien en ella. Aún más, te hubiera sido posible, durante el proceso mismo, proponer para ti el destierro, si lo hubieras querido, y hacer entonces, con el consentimiento de la ciudad, lo que ahora intentas hacer contra su voluntad. Entonces tú te jactabas de que no te irritarías, si tenías que morir, y elegías, según decías, la muerte antes que el destierro. En cambio, ahora, ni respetas aquellas palabras ni te cuidas de nosotras, las leyes, intentando destruirnos; obras como obraría el más vil esclavo intentando escaparte en contra de los pactos y acuerdos con arreglo a los cuales conviniste con nosotras que vivirías como ciudadano. En primer lugar, respóndenos si decimos verdad al insistir en que tú has convenido vivir como ciudadano según nuestras normas con actos y no con palabras, o bien si no es verdad.» ¿Qué vamos a decir a esto, Critón? ¿No es cierto que estamos de acuerdo?

e CRIT. -Necesariamente, Sócrates.

SÓC. - «No es cierto -dirían ellas- que violas los pactos y los acuerdos con nosotras, sin que los hayas convenido bajo coacción o engaño y sin estar obligado a tomar una decisión en poco tiempo, sino durante setenta años, en los que te fue posible ir a otra parte, si no te agradábamos o te parecía que los acuerdos no eran justos. Pero tú no has preferido a Lacedemonia ni a Creta, cuyas leyes afirmas continuamente que son buenas, ni a ninguna otra ciudad griega ni bárbara; al contrario, te has ausentado de Atenas menos que los cojos, los ciegos y otros lisiados. Hasta tal punto a ti más especialmente que a los demás atenienses, te agradaba la ciudad y evidentemente nosotras, las leyes. 53a ¿Pues a quién le agradaría una ciudad sin leyes? ¿Ahora no vas a permanecer fiel a los acuerdos? Sí permanecerás, si nos haces caso, Sócrates, y no caerás en ridículo saliendo de la ciudad.

b »Si tú violas estos acuerdos y faltas en algo, examina qué beneficio te harás a ti mismo y a tus amigos. Que también tus amigos corren peligro de ser desterrados, de ser privados de los derechos ciudadanos o de perder sus bienes es casi evidente. Tú mismo, en primer lugar, si vas a una de las ciudades próximas, Tebas o Mégara, pues ambas tienen buenas leyes, llegarás como enemigo de su sistema político c y todos los que se preocupan de sus ciudades te mirarán con suspicacia considerándote destructor de las leyes; confirmarás para tus jueces la opinión de que se ha sen-

d

b tenciado rectamente el proceso. En efecto, el que es destructor de las leyes, parecería fácilmente que es también corruptor de jóvenes y de gentes de poco espíritu. ¿Acaso vas a evitar las ciudades con buenas leyes y los hombres más honrados? ¿Y si haces eso, te valdrá la pena vivir? O bien si te diriges a ellos y tienes la desvergüenza de conversar, ¿con qué pensamientos lo harás, Sócrates? ¿Acaso con los mismos que aquí, a saber, que lo más importante para los hombres es la virtud y la justicia, y también la legalidad y las leyes? ¿No crees que parecerá vergonzoso el comportamiento de Sócrates? Hay que creer que sí. Pero tal vez vas a apartarte de estos lugares; te irás a Tesalia con los huéspedes de Critón. En efecto, allí hay la mayor indisciplina y libertinaje, -y quizá les guste oírte de qué manera tan graciosa te escapaste de la cárcel poniéndote un disfraz o echándote encima una. Piel o usando cualquier otro medio habitual para los fugitivos, desfigurando tu propio aspecto. ¿No habrá nadie que diga que, siendo un hombre al que presumiblemente le queda poco tiempo de vida, tienes el descaro de desear vivir tan afanosamente, violando las leyes más importantes? Quizá no lo haya, si no molestas a nadie; en caso contrario, -tendrás que oír muchas cosas indignas. ¿Vas a vivir adulando y sirviendo a todos? ¿Qué vas a hacer en Tesalia sino darte buena vida como si hubieras hecho el viaje allí para ir a un banquete? ¿Dónde se nos habrán ido aquellos discursos sobre la justicia y las otras formas de virtud? ¿Sin duda quieres vivir por tus hijos, para criarlos y educarlos? ¿Pero, cómo? ¿Llevándolos contigo a Tesalia los vas a criar y educar haciéndolos extranjeros para que reciban también de ti ese beneficio? ¿O bien no es esto, sino que educándose aquí se criarán y educarán mejor, si tú estás vivo, aunque tú no estés a su lado? Ciertamente tus amigos se ocuparán de ellos. ¿Es que se cuidarán de ellos, si te vas a Tesalia, y no lo harán, si vas al Hades, si en efecto hay una ayuda de los que afirman ser tus amigos? Hay que pensar que sí se ocuparán.

c »Más bien, Sócrates, danos crédito a nosotras, que te hemos formado, y no tengas en más ni a tus hijos ni a tu vida ni a ninguna otra cosa que a lo justo, para que, cuando llegues al Hades, expongas en tu favor todas estas razones ante los que gobiernan allí. En efecto, ni aquí te parece a ti, ni a ninguno de los tuyos, que el hacer esto sea mejor ni más justo ni más pío, ni tampoco será mejor cuando llegues allí. Pues bien, si te vas ahora, te vas condenado injustamente no por nosotras, las leyes, sino por los hombres. Pero si te marchas tan torpemente, devolviendo injusticia por injusticia y daño por daño, violando los acuerdos y los pactos con

nosotras y haciendo daño a los que menos conviene, a ti mismo, a tus amigos, a la patria y a nosotras, nos irritaremos contigo mientras vivas, y allí, en el Hades, nuestras hermanas las leyes no te recibirán de buen ánimo, sabiendo que, en la medida de tus fuerzas has intentado destruirnos. Procura que Critón no te persuada más que nosotras a hacer lo que dice.»

Sabe bien, mi querido amigo Critón, que es esto lo que yo creo oír, del mismo modo que los coribantes creen oír las flautas, y el eco mismo de estas palabras retumba en mí y hace que no pueda oír otras. Sabe que esto es lo que yo pienso ahora y que, si hablas en contra de esto, hablarás en vano. Sin embargo, si crees que puedes conseguir algo, habla.

CRIT. -No tengo nada que decir, Sócrates.

SÓC. - Ea pues, Critón, obremos en ese sentido, puesto que por ahí nos guía el dios.

LECTURA COMPLEMENTARIA

“Introducción” al *Critón* de Platón escrita por el Profesor Alfonso Gómez-Lobo (2006)

SEGUNDO ENCUENTRO

La filosofía como amor a la sabiduría y el amor como aspiración por trascender la propia ignorancia

TEXTO

Platón

EL BANQUETE⁹

Diálogo entre Sócrates y Diotima (203 A-D, 204 B)

Diotima: -"[...] Cuando nació Afrodita, los dioses celebraron un banquete y entre ellos estaba también el hijo de Metis (La prudencia), Poro (el Recurso). Una vez que terminaron de comer, se presentó a mendigar, como era natural al celebrarse un festín, Penía (la Pobreza) y quedóse a la puerta. Poro, entretando, como estaba embriagado de néctar -aún no existía el vino-, penetró en el huerto de Zeus y en el sopor de la embriaguez se puso a dormir. Penía entonces, tramando, movida por la escasez de recursos, hacerse un hijo de Poro, del Recurso, se acostó a su lado y concibió al Amor (Eros). Por esta razón, el amor es acólito y escudero de Afrodita, por haber sido engendrado el día de su natalicio, y a la vez enamorado por naturaleza de lo bello por ser Afrodita también bella. Pero, como hijo que es de Poro y de Penía, el Amor (Eros) quedó en la siguiente situación: en primer lugar es siempre pobre y está muy lejos de ser delicado y bello, como lo suponen el vulgo, por el contrario, es rudo y escuálido, anda descalzo y carece de hogar, duerme siempre en el suelo y sin lecho, acostándose al sereno en las puertas y en los caminos, pues por tener la condición de su madre, es siempre compañero inseparable de la pobreza. Más por otra parte, según la condición de su padre, acecha a los bellos y a los buenos, es valeroso, intrépido y diligente; cazador temible, que siempre urde alguna trama; es apasionado por la sabiduría y fértil en recursos: filosofa a lo largo de toda la vida y es un charlatán terrible, un embelesador y un sofista. Por su naturaleza no es mortal ni inmortal, sino que en un mismo día florece y vive, si tiene abundancia de recursos, a ratos muere y de nuevo vuelve a revivir gracias a la naturaleza de su padre. Pero lo que se procura, siempre se desliza de sus manos, de manera que no es pobre jamás el Amor, ni tampoco rico. Se encuentra en el término medio entre la sabiduría y la ignorancia. Pues he aquí lo que sucede: ninguno de los dioses filosofa ni desea hacerse sabio. Pero a su vez los ignorantes ni filosofan ni desean hacerse sabios, pues en esto estriba el mal de la ignorancia: en no ser ni noble, ni bueno, ni sabio y tener la ilusión de serlo en grado suficiente. Así, el que no cree estar falto de nada no siente deseo de lo que no cree necesitar.

Sócrates: -Entonces, ¿quiénes son los que filosofan, si no son los sabios ni los ignorantes?

⁹ Platón, *Banquete*. Traducción de Luis Gil. Edición Hyspamérica, Buenos Aires, 1983.

Diotima: -Claro es ya incluso para un niño que son los intermedios entre los unos y los otros, entre los cuales estará también el Amor (Eros). Pues es la sabiduría una de las cosas más bellas y el Amor (Eros) es amor respecto de lo bello, de suerte que es necesario que el Amor (Eros) sea filósofo y, por ser filósofo, algo intermedio entre el sabio y el ignorante. Y la causa de esta tendencia ingénita en él es su origen, pues es hijo de un padre sabio y rico en recursos y de una madre que no es sabia y carece de ellos. La naturaleza pues de ese genio, oh querido Sócrates!, es la que se ha dicho; y en cuanto a esa idea errónea que te forjaste sobre el Amor (Eros) no es extraño que se te ocurriera. Tú te imaginaste, al menos me lo parece según puedo colegir de tus palabras, que el Amor es el amado y no el amante. Por este motivo, creo yo, te parecía sumamente bello el Amor, porque lo amable es lo que en realidad es bello, delicado, perfecto y digno de ser tenido por feliz y envidiable. En cambio, el amante tiene una naturaleza diferente, que es tal como ya la describí”.

Actividades:

- 1) Localizar los personajes del diálogo.
- 2) Localizar los personajes del mito narrado por Diotima.
- 3) Extraer todas las características que se le adjudican al Amor (Eros).
- 4) Clasificarlas según provengan de Poros, de Penía o de Afrodita y colocarlas en un cuadro de doble entrada
- 5) Según Diotima ¿qué es lo que define al amante y qué define al amado?
- 6) ¿Eros es el amante o es lo amado? ¿Por qué?
- 7) ¿Qué relación establece Eros con lo que ama?
- 8) ¿Por qué se afirma que necesariamente Eros es filósofo?
- 9) ¿Por qué la filosofía sería un amor específicamente humano?
- 10) ¿En qué consistiría su originalidad?
- 11) ¿Qué requisitos se derivan de esta concepción de la filosofía?

TERCER ENCUENTRO

René Descartes, la filosofía y *el método*

El primer apartado del *Discurso del Método* puede ser pensado como una narración de la experiencia intelectual de Descartes, en función de la cual fundamentará el método que propondrá en el apartado siguiente. Su relato parece sugerir un momento de ruptura con su trayectoria intelectual previa, en la cual intervinieron varios eventos de su vida, época y lugar.

Actividades:

1) Reconstruya el camino que has recorrido hasta llegar al momento de tomar la decisión de estudiar filosofía y de estar hoy en esta aula.

2) Reflexione en torno a las dificultades que podrían haber surgido de la lectura y de la realización del trabajo con el texto:

- a) ¿Cuántas veces he leído el texto de Descartes?
- b) La clase/explicación del docente ¿me sirvió? ¿cómo?
- c) ¿Cuánto tiempo le dediqué a la escritura del relato? ¿Lo considero suficiente?
- d) Enuncie tres elementos que dificultaron la realización del trabajo, tres que lo facilitaron y tres que ayudarían a mejorar su desempeño.

La puesta en común de este ejercicio será clave para reflexionar cómo trabaja cada uno en relación con los demás. En función de esta dinámica, existe la posibilidad de construir una bitácora, portfolio o diario de cara al cursado de la carrera, en el que los estudiantes vayan asentando sus experiencias y reflexiones sobre las materias que van cursando y, en general, de su vida y práctica estudiantil.

TEXTO

René Descartes

DISCURSO DEL MÉTODO¹⁰

Si este discurso parece demasiado largo para ser leído todo de una sola vez, podrá dividirse en seis partes. En la primera se encontrarán diversas consideraciones acerca de las ciencias. En la segunda, las principales reglas del método que el autor ha buscado. En la tercera, algunas otras reglas de la moral que ha extraído de ese método. En la cuarta, las razones por las que

¹⁰ R. Descartes, *Discurso del Método*. Traducción y prólogo de Manuel García Morente. Gredos, Madrid

prueba la existencia de Dios y del alma humana, que son los fundamentos de su metafísica. En la quinta, el orden seguido en el tratamiento de las cuestiones de física que ha investigado y, en particular, la explicación del movimiento del corazón y de algunas otras dificultades que atañen a la medicina, y también la diferencia que hay entre nuestra alma y la de las bestias. Y en la última, las cosas que cree necesarias para avanzar en la investigación de la naturaleza hasta más allá de donde ha llegado, y las razones que le han impulsado a escribir.

PRIMERA PARTE

El buen sentido^a es la cosa mejor repartida del mundo, pues cada uno piensa estar tan bien provisto de él que aun los más difíciles de contentar en cualquier otra cosa, no suelen desear más del que tienen. Al respecto no es verosímil que todos se equivoquen, sino que más bien esto testimonia que la capacidad de juzgar bien y de distinguir lo verdadero de lo falso, que es propiamente lo que se llama el buen sentido o la razón, es naturalmente igual en todos los hombres; y así la diversidad de nuestras opiniones no proviene de que unos sean más razonables que los otros, sino solamente de que conducimos nuestros pensamientos por distintas vías y no consideramos las mismas cosas. Pues no se trata de tener el ingenio bueno, sino que lo principal es aplicarlo bien. Las almas más grandes son capaces de los mayores vicios, tanto como de las mayores virtudes; y los que andan muy despacio pueden avanzar mucho más, si siguen el camino recto, que los que corren pero se alejan de él.

Por mi parte, nunca he considerado que mi ingenio fuese en nada más perfecto que el del común de los mortales; hasta he deseado a menudo tener el pensamiento tan pronto, o la imaginación tan nítida y distinta, o la memoria tan amplia o presente, como algunos otros. Y no conozco otras cualidades sino éstas que sirvan a la perfección del ingenio; pues en cuanto a la razón, o al sentido^b, en tanto que es la única cosa que nos hace hombres y distingue de las bestias, quiero creer que está entera, sin ninguna reserva, en cada uno de nosotros y seguir en esto la opinión común de los filósofos^c que dicen que el más y el menos se da sólo entre los *accidentes* y de ningún modo entre las *formas*, o naturalezas de los *individuos* de una misma especie.

Pero no temo decir que pienso haber tenido mucha fortuna al haberme hallado desde mi juventud en algunos caminos que me han conducido a consideraciones y máximas con las que he formado un método, por el que me parece que tengo el medio para aumentar gradualmente mi conocimiento y elevarlo poco a poco hasta el punto más alto al que la mediocridad de mi ingenio y la corta duración de mi vida podrán permitirle alcanzar. Pues he recogido ya tales frutos de ese método que, aun cuando en los juicios que hago de mí mismo intento siempre inclinarme del lado de la desconfianza más que del de la presunción, y aun cuando al mirar con talante filosófico las diversas acciones y empresas de todos los hombres no encuentro casi ninguna que no me parezca vana e inútil, no dejo de reconocer una extremada satisfacción por el progreso que pienso haber hecho ya en la búsqueda de la verdad ni de concebir tales esperanzas para el porvenir que si, entre las ocupaciones de los hombres, puramente hombres^d, hay una que sea sólidamente buena e importante, me atrevo a creer que es la que yo he escogido.

No obstante puede ocurrir que me equivoque, y que lo que no es sino un poco de cobre y de vidrio lo tome por oro y diamantes. Yo sé cuan expuestos estamos a equivocarnos

en lo que nos atañe y cuan sospechosos deben ser los juicios de nuestros amigos cuando son en favor nuestro. Pero me agradaría, en este discurso, mostrar qué caminos son los que he seguido y representar en ellos mi vida como en un cuadro, a fin de que cada uno pueda juzgar, y así, atendiendo, por el rumor público, a las opiniones, sea éste un nuevo medio de instruirme, que añadiré a los que tengo la costumbre de servirme.

Mi intención no es, pues, enseñar aquí el método que cada uno debe seguir para conducir bien su razón, sino sólo mostrar de qué manera he procurado conducir la mía. Los que se ocupan de dar preceptos^e deben considerarse más hábiles que aquellos a quienes se los dan, y si yerran en la menor cosa, son reprobables. Pero al no proponer este escrito sino como una historia, o si lo preferís, como una fábula, en la que, entre algunos ejemplos que se pueden imitar, se encontrarán tal vez otros que se tendrá razón en no seguir, espero que sea útil para algunos, sin ser pernicioso para nadie, y que todos agradecerán mi franqueza.

Yo he sido educado en las letras^f desde mi infancia, y como se me persuadía de que, por medio de ellas, se podía adquirir un conocimiento claro y seguro de todo lo que es útil para la vida, tenía un extremado deseo de aprenderlas. Pero tan pronto como hube acabado esos estudios, al cabo de los cuales es costumbre ser admitido en el rango de los doctos, cambié por completo de opinión. Pues me encontraba tan perplejo por tantas dudas y errores, que me parecía no haber hecho otra cosa de provecho, tratando de instruirme, sino descubrir más y más mi ignorancia. Y sin embargo, estaba en una de las más célebres escuelas de Europa, en donde pensaba que debía haber hombres sabios, si es que los había en algún lugar de la Tierra. Había aprendido allí todo lo que los demás aprendían; incluso, no habiéndome contentado con las ciencias que se nos enseñaban, había recorrido todos los libros que pudieron caer en mis manos y que hablan de las que se estiman más curiosas y raras^g. Con todo, sabía los juicios que los otros hacían de mí, y no veía que se me estimase en menos que a mis discípulos, aunque ya había entre ellos algunos que estaban destinados a ocupar las plazas de nuestros maestros. Y en fin, nuestro siglo me parecía tan floreciente y tan fértil en buenos ingenios como cualquiera de los precedentes. Por todo lo cual me tomaba la libertad de juzgar por mí mismo a todos los demás y de pensar que no había doctrina alguna en el mundo que fuese tal como anteriormente se me había hecho esperar.

Sin embargo no dejaba de reconocer el valor de los ejercicios que se hacen en las escuelas. Sabía que las lenguas^h que allí se aprenden son necesarias para comprender los libros antiguos; que el encanto de las fábulas despierta el ingenio; que las acciones memorables de las historias lo elevan, y que, leídas con discreción, ayudan a formar el juicio; que la lectura de todos los buenos libros es como una conversación con las más honestas gentes de los siglos pasados, que han sido los autores, e incluso una conversación estudiada en la que ellos no nos descubren sino lo mejor de sus pensamientos; que la elocuencia posee fuerzas y bellezas incomparables; que la poesía tiene delicadezas y dulzuras muy embelesadoras; que en las matemáticas hay invenciones muy sutiles y que pueden servir mucho, tanto para contentar a los curiosos como para facilitar todas las artes y disminuir el trabajo de los hombres; que los escritos que tratan acerca de las costumbres contienen muchas enseñanzas y muchas exhortaciones a la virtud que son muy útiles; que la teología enseña a ganar el cielo; que la filosofía proporciona medios para hablar verosímilmente de todas las cosas y para hacerse admirar por los menos sabios; que la jurisprudencia, la medicina y las otras ciencias aportan honores y riquezas a quienes las cultivan; y en fin, que es bueno haberlas examinado todas, incluso las más supersticiosas y las más falsas, para conocer su justo valor y guardarse de ser engañado.

Pero creía haber dedicado ya bastante tiempo a las lenguas y también a la lectura de libros antiguos, a sus historias y a sus fábulas. Pues es casi lo mismo conversar con las gentes de otros siglos que viajar. Bueno es saber algo de las costumbres de otros pueblos para juzgar las nuestras con más corrección, y que no pensemos que todo aquello que va contra nuestras maneras de vivir es ridículo y opuesto a la razón, como habitualmente hacen quienes no han visto nada. Pero cuando se emplea demasiado tiempo en viajar, se llega a ser finalmente extranjero en el propio país; y cuando se está demasiado interesado por las cosas que se practicaban en los siglos pasados se permanece de ordinario muy ignorante de las que se practican en éste. Por otra parte, las fábulas hacen imaginar como posibles muchos acontecimientos que no lo son; igualmente las historias más fieles, si no cambian ni aumentan el valor de las cosas, para hacerlas más dignas de ser leídas, al menos omiten casi siempre las circunstancias más bajas y menos ilustres; de ahí que lo que resta no aparece tal como es, y que quienes regulan sus costumbres por los ejemplos que sacan de ellas, están expuestos a caer en las extravagancias de los paladines de nuestras novelas y a concebir designios que rebasan sus fuerzas.

Estimaba en mucho la elocuencia y era un enamorado de la poesía; pero pensaba que la una y la otra eran dones del ingenio más que frutos del estudio. Los que tienen el más vigoroso razonar y ponen en orden mejor sus pensamientos con el fin de hacerlos claros e inteligibles, pueden siempre persuadir mejor sobre lo que proponen, aunque no hablen sino bajo bretónⁱ y no hayan aprendido jamás retórica. Y los que tienen las inspiraciones más agradables y las saben expresar con el máximo ornato y dulzura, no dejarán de ser los mejores poetas aunque el arte poética les fuera desconocido.

Me complacía sobre todo con las matemáticas a causa de la certeza y la evidencia de sus razones; pero no advertía todavía su verdadero uso, y, pensando que no servían sino a las artes mecánicas, me sorprendía que, siendo sus fundamentos tan firmes y tan sólidos, no se hubiese levantado sobre ellos nada más noble^j. En cambio, comparaba los escritos de los antiguos paganos^k, que tratan de las costumbres, con palacios muy soberbios y magníficos, pero no levantados sino sobre arena y barro. Elevan muy en alto las virtudes y las hacen parecer estimables por encima de todas las cosas del mundo; pero no enseñan bastante a conocerlas, y a menudo lo que ellos llaman con tan bello nombre no es sino insensibilidad, orgullo, desesperación o parricidio.

Trataba con reverencia a nuestra teología y pretendía, como cualquier otro, ganar el cielo; pero habiendo aprendido, como cosa muy segura, que el camino no está menos abierto a los más ignorantes que a los más doctos, y que las verdades reveladas, que allá conducen, están por encima de nuestra inteligencia, nunca me hubiera atrevido a someterlas a la debilidad de mis razonamientos, y pensaba que para emprender su examen y tener éxito era preciso alguna extraordinaria ayuda del cielo y ser algo más que hombre.

No diré nada de la filosofía sino que, viendo que ha sido cultivada por los más excelentes ingenios que han vivido desde hace siglos, y que, sin embargo, no se encuentra aún ninguna cosa de la que no se dispute, y, por consiguiente, que no sea dudosa, no tenía yo la presunción de obtener un logro mejor que los demás; y que, considerando cuán diversas opiniones puede haber tocantes a una misma materia, que sean sostenidas por gentes doctas, sin que pueda haber jamás más de una que sea verdadera, yo tenía casi por falso todo lo que no era más que verosímil.

Y en cuanto a las otras ciencias^l, en tanto que toman sus principios de la filosofía, juzgaba yo que no se podía haber levantado nada que fuera sólido sobre fundamentos tan poco firmes. Y ni el honor ni las ganancias que prometen eran suficientes para invitarme a aprenderlas; pues no me veía, gracias a Dios, en condición tal que me obligase a hacer de la ciencia un oficio con que desahogar mi fortuna; y aunque yo no hiciese declaración pública de despreciar la gloria a lo cínico, hacía poco caso de la que no esperaba poder adquirir sino con falsos títulos. Y en fin, respecto de las malas doctrinas, pensaba conocer ya bastante lo que valían para no estar expuesto a ser engañado ni por las promesas de un alquimista, ni por las predicciones de un astrólogo, ni por las imposturas de un mago, ni por los artificios o la presunción de alguno de los que hacen profesión de saber más de lo que saben.

Por ello, tan pronto como la edad me permitió salir de la sujeción de mis preceptores, abandoné por entero el estudio de las letras. Y resuelto a no buscar otra ciencia sino la que pudiera encontrar en mí mismo o bien en el gran libro del mundo, empleé el resto de mi juventud en viajar, en ver cortes y ejércitos^m, en frecuentar gentes de diversos temperamentos y condiciones, en recoger diversas experiencias, en probarme a mí mismo en las circunstancias que la fortuna me deparaba, y en todas partes hacer tal reflexión sobre las cosas que se me presentaban que pudiera obtener algún provecho de ellas. Pues me parecía que podía encontrar mucha más verdad en los razonamientos que cada uno hace en lo tocante a los asuntos que le interesan, y cuyo resultado le debe castigar poco después si ha juzgado mal, que en los que hace un hombre de letras en su despacho, en lo tocante a especulaciones que no producen efecto alguno y que no le reportan otra consecuencia, sino que tal vez aumentará tanto más la vanidad cuanto más alejadas estén del sentido común, puesto que habrá debido emplear más ingenio y artificio en procurar hacerlas verosímiles. Y tenía siempre un extremado deseo de distinguir lo verdadero de lo falso, para ver claro en mis acciones y caminar con seguridad por esta vida.

Es verdad que, mientras no hacía sino considerar las costumbres de los otros hombres, no encontraba apenas de qué estar seguro, y advertía casi tanta diversidad como antes la había observado entre las opiniones de los filósofos. De suerte que el mayor provecho que obtenía era que, viendo muchas cosas que, aunque nos parezcan muy extravagantes y ridículas, no dejan de ser comúnmente admitidas y aprobadas por otros grandes pueblos, aprendía a no creer demasiado firmemente nada de aquello de lo que no se me había persuadido sino por el ejemplo y la costumbre; y así me liberaba poco a poco de muchos errores, que pueden ofuscar nuestra luz natural y volvernos menos capaces de escuchar la razón. Pero después que hube empleado algunos años en estudiar así en el libro del mundo y en tratar de adquirir alguna experiencia, tomé un día la resolución de estudiar también en mí mismo y emplear todas las fuerzas de mi ingenio en escoger los caminos que debía seguir. Lo cual me salió mucho mejor, eso me parece, que si no me hubiese nunca alejado de mi país y de mis libros.

NOTAS

a. "El buen sentido"; pueden apreciarse dos significados diferentes: a) la facultad natural de distinguir lo verdadero de lo falso, y b) la sabiduría. Aquí debe considerarse el primer significado, como sinónimo de "razón", equivalente a "capacidad —o facultad— de juzgar" y "luz natural", en la medida que quiere señalar la capacidad de distinguir lo verdadero de lo falso, sin adulterar. Alguna vez también "sentido" es equivalente.

b. "El sentido"; tiene aquí el mismo significado que "buen sentido".

c. Se refiere a los filósofos escolásticos.

d. Los hombres que, como dirá un poco más adelante, carecen de "alguna extraordinaria ayuda del cielo" y no son "algo más que hombre".

e. Aquí en sentido moral con carácter imperativo.

f. Letras, esto es, humanidades: gramática, historia, poesía y retórica.

g. Libros de ciencias ocultas: la astrología, la alquimia y la magia; y las que pocos conocen pero que esconden secretos particulares, como la química, una parte de la óptica (la que hace ver cosas maravillosas con espejos y lentes).

h. Latín y griego.

i. Descartes usa la expresión "hablar bajo bretón" para significar "hablar de modo poco literario y que pocos entienden".

j. El estudio de las matemáticas se dirigía a su aplicación práctica.

k. Se refiere a los estoicos.

l. Se refiere a Medicina y Derecho.

m. Descartes se alistó en 1618 en el ejército del príncipe, protestante, Mauricio de Nassau. En 1619 asiste a la coronación del emperador, católico, Fernando II. Después se alistó en el ejército de Maximiliano de Baviera, católico.

CUARTO ENCUENTRO

René Descartes, la filosofía y el método

(2° parte)

Durante este encuentro continuaremos trabajando con el *Discurso del Método* de R. Descartes. En esta ocasión, cada grupo de trabajo estará constituido hasta por cuatro integrantes. Esperamos que se realice una lectura y una exposición dialogada del texto.

Actividades:

- 1) Lea y analice la cuarta parte del *Discurso del Método* de R. Descartes.
- 2) A partir de lo trabajado en la clase anterior (es decir, la Primera Parte del *Discurso*), enuncie preguntas o problemas filosóficos que haya identificado en el texto de Descartes.
- 3) ¿Qué problemas filosóficos identifica en esta Cuarta Parte del *Discurso*?
- 4) Esquematice los argumentos de Descartes sobre alguno de los problemas que trata en este capítulo de su obra.

TEXTO

René Descartes

DISCURSO DEL MÉTODO

CUARTA PARTE

No sé si debo hablaros de las primeras meditaciones que hice allí, pues son tan metafísicas y tan fuera de lo común, que quizá no gusten a todo el mundo (30). Sin embargo, para que se pueda apreciar si los fundamentos que he tomado son bastante firmes, me veo en cierta manera obligado a decir algo de esas reflexiones. Tiempo ha que había advertido que, en lo tocante a las costumbres, es a veces necesario seguir opiniones que sabemos muy inciertas, como si fueran indudables, y esto se ha dicho ya en la parte anterior; pero, deseando yo en esta ocasión ocuparme tan sólo de indagar la verdad, pensé que debía hacer lo contrario y rechazar como absolutamente falso todo aquello en que pudiera imaginar la menor duda, con el fin de ver si, después de hecho esto, no quedaría en mi creencia algo que fuera enteramente indudable. Así, puesto que los sentidos nos engañan, a las veces, quise suponer que no hay cosa alguna que sea tal y como ellos nos la presentan en la imaginación; y puesto que hay hombres que yerran al razonar, aun acerca de los más simples asuntos de geometría, y cometen paralogismos, juzgué que yo estaba tan expuesto al error como otro cualquiera, y rechacé como falsas todas las razones que anteriormente había tenido por demostrativas; y, en fin, considerando que todos los pensamientos que nos vienen estando despiertos pueden también ocurrírsenos durante el sueño, sin que ninguno entonces sea verdadero, resolví fingir

que todas las cosas, que hasta entonces habían entrado en mi espíritu, no eran más verdaderas que las ilusiones de mis sueños. Pero advertí luego que, queriendo yo pensar, de esa suerte, que todo es falso, era necesario que yo, que lo pensaba, fuese alguna cosa; y observando que esta verdad: «yo pienso, luego soy», era tan firme y segura que las más extravagantes suposiciones de los escépticos no son capaces de conmovérla, juzgué que podía recibirla sin escrúpulo, como el primer principio de la filosofía que andaba buscando.

Examiné después atentamente lo que yo era, y viendo que podía fingir que no tenía cuerpo alguno y que no había mundo ni lugar alguno en el que yo me encontrase, pero que no podía fingir por ello que yo no fuese, sino al contrario, por lo mismo que pensaba en dudar de la verdad de las otras cosas, se seguía muy cierta y evidentemente que yo era, mientras que, con sólo dejar de pensar, aunque todo lo demás que había imaginado fuese verdad, no tenía ya razón alguna para creer que yo era, conocí por ello que yo era una sustancia cuya esencia y naturaleza toda es pensar, y que no necesita, para ser, de lugar alguno, ni depende de cosa alguna material; de suerte que este yo, es decir, el alma, por la cual yo soy lo que soy, es enteramente distinta del cuerpo y hasta más fácil de conocer que éste y, aunque el cuerpo no fuese, el alma no dejaría de ser cuanto es.

Después de esto, consideré, en general, lo que se requiere en una proposición para que sea verdadera y cierta; pues ya que acababa de hallar una que sabía que lo era, pensé que debía saber también en qué consiste esa certeza. Y habiendo notado que en la proposición: «yo pienso, luego soy», no hay nada que me asegure que digo verdad, sino que veo muy claramente que para pensar es preciso ser, juzgué que podía admitir esta regla general: que las cosas que concebimos muy clara y distintamente son todas verdaderas; pero que sólo hay alguna dificultad en notar cuáles son las que concebimos distintamente.

Después de lo cual, hube de reflexionar que, puesto que yo dudaba, no era mi ser enteramente perfecto, pues veía claramente que hay más perfección en conocer que en dudar; y se me ocurrió entonces indagar por dónde había yo aprendido a pensar en algo más perfecto que yo; y conocí evidentemente que debía de ser por alguna naturaleza que fuese efectivamente más perfecta. En lo que se refiere a los pensamientos, que en mí estaban, de varias cosas exteriores a mí, como son el cielo, la tierra, la luz, el calor y otros muchos, no me preocupaba mucho el saber de dónde procedían, porque, no viendo en esas cosas nada que me pareciese hacerlas superiores a mí, podía creer que, si eran verdaderas, eran unas dependencias de mi naturaleza, en cuanto que ésta posee alguna perfección, y si no lo eran, procedían de la nada, es decir, estaban en mí, porque hay en mí algún defecto. Pero no podía suceder otro tanto con la idea de un ser más perfecto que mi ser; pues era cosa manifiestamente imposible que la tal idea procediese de la nada; y como no hay menor repugnancia en pensar que lo más perfecto sea consecuencia y dependencia de lo menos perfecto, que en pensar que de nada provenga algo, no podía tampoco proceder de mí mismo; de suerte que sólo quedaba que hubiese sido puesta en mí por una naturaleza verdaderamente más perfecta que yo soy, y poseedora inclusive de todas las perfecciones de que yo pudiera tener idea; esto es, para explicarlo en una palabra, por Dios. A esto añadí que, supuesto que yo conocía algunas perfecciones que me faltaban, no era yo el único ser que existiese (aquí, si lo permitís, haré uso libremente de los términos de la escuela), sino que era absolutamente necesario que hubiese algún otro ser más perfecto de quien yo dependiese y de quien hubiese adquirido todo cuanto yo poseía; pues si yo fuera solo e independiente de cualquier otro ser, de tal suerte que de mí mismo procediese lo poco en que participaba del ser perfecto, hubiera podido tener por mí mismo también, por idéntica razón, todo lo demás

que yo sabía faltarme, y ser, por lo tanto, yo infinito, eterno, inmutable, omnisciente, omnipotente, y, en fin, poseer todas las perfecciones que podía advertir en Dios.

Pues, en virtud de los razonamientos que acabo de hacer, para conocer la naturaleza de Dios hasta donde la mía es capaz de conocerla, bastábame considerar todas las cosas de que hallara en mí mismo alguna idea y ver si era o no perfección el poseerlas; y estaba seguro de que ninguna de las que indicaban alguna imperfección está en Dios, pero todas las demás sí están en él; así veía que la duda, la inconstancia, la tristeza y otras cosas semejantes no pueden estar en Dios, puesto que mucho me holgara yo de verme libre de ellas. Además, tenía yo ideas de varias cosas sensibles y corporales; pues aun suponiendo que soñaba y que todo cuanto veía e imaginaba era falso, no podía negar, sin embargo, que esas ideas estuvieran verdaderamente en mi pensamiento. Mas habiendo ya conocido en mí muy claramente que la naturaleza inteligente es distinta de la corporal, y considerando que toda composición denota dependencia, y que la dependencia es manifiestamente un defecto, juzgaba por ello que no podía ser una perfección en Dios el componerse de esas dos naturalezas, y que, por consiguiente, Dios no era compuesto; en cambio, si en el mundo había cuerpos, o bien algunas inteligencias u otras naturalezas que no fuesen del todo perfectas, su ser debía depender del poder divino, hasta el punto de no poder subsistir sin él un solo instante.

Quise indagar luego otras verdades; y habiéndome propuesto el objeto de los géometras, que concebía yo como un cuerpo continuo o un espacio infinitamente extenso en longitud, anchura y altura o profundidad, divisible en varias partes que pueden tener varias figuras y magnitudes y ser movidas o trasladadas en todos los sentidos, pues los géometras suponen todo eso en su objeto, repasé algunas de sus más simples demostraciones, y habiendo advertido que esa gran certeza que todo el mundo atribuye a estas demostraciones, se funda tan sólo en que se conciben con evidencia, según la regla antes dicha, advertí también que no había nada en ellas que me asegurase de la existencia de su objeto; pues, por ejemplo, yo veía bien que, si suponemos un triángulo, es necesario que los tres ángulos sean iguales a dos rectos; pero nada veía que me asegurase que en el mundo hay triángulo alguno; en cambio, si volvía a examinar la idea que yo tenía de un ser perfecto, encontraba que la existencia está comprendida en ella del mismo modo que en la idea de un triángulo está comprendido el que sus tres ángulos sean iguales a dos rectos o, en la de una esfera, el que todas sus partes sean igualmente distantes del centro, y hasta con más evidencia aún; y que, por consiguiente, tan cierto es por lo menos, que Dios, que es ese ser perfecto, es o existe, como lo pueda ser una demostración de geometría. Pero si hay algunos que están persuadidos de que es difícil conocer lo que sea Dios, y aun lo que sea el alma, es porque no levantan nunca su espíritu por encima de las cosas sensibles y están tan acostumbrados a considerarlo todo con la imaginación -que es un modo de pensar particular para las cosas materiales-, que lo que no es imaginable les parece ininteligible. Lo cual está bastante manifiesto en la máxima que los mismos filósofos admiten como verdadera en las escuelas, y que dice que nada hay en el entendimiento que no haya estado antes en el sentido (31), en donde, sin embargo, es cierto que nunca han estado las ideas de Dios y del alma; y me parece que los que quieren hacer uso de su imaginación para comprender esas ideas, son como los que para oír los sonidos u oler los olores quisieran emplear los ojos; y aun hay esta diferencia entre aquéllos y éstos: que el sentido de la vista no nos asegura menos de la verdad de sus objetos que el olfato y el oído de los suyos, mientras que ni la imaginación ni los sentidos pueden asegurarnos nunca cosa alguna, como no intervenga el entendimiento.

En fin, si aun hay hombres a quienes las razones que he presentado no han convencido bastante de la existencia de Dios y del alma, quiero que sepan que todas las demás cosas que acaso crean más seguras, como son que tienen un cuerpo, que hay astros, y una tierra, y otras semejantes, son, sin embargo, menos ciertas; pues, si bien tenemos una seguridad moral de esas cosas, tan grande que parece que, a menos de ser un extravagante, no puede nadie ponerlas en duda, sin embargo, cuando se trata de una certidumbre metafísica, no se puede negar, a no ser perdiendo la razón, que no sea bastante motivo, para no estar totalmente seguro, el haber notado que podemos de la misma manera imaginar en sueños que tenemos otro cuerpo y que vemos otros astros y otra tierra, sin que ello sea así. Pues ¿cómo sabremos que los pensamientos que se nos ocurren durante el sueño son falsos, y que no lo son los que tenemos despiertos, si muchas veces sucede que aquéllos no son menos vivos y expresos que éstos? Y por mucho que estudien los mejores ingenios, no creo que puedan dar ninguna razón bastante a levantar esa duda, como no presupongan la existencia de Dios. Pues, en primer lugar, esa misma regla que antes he tomado, a saber: que las cosas que concebimos muy clara y distintamente son todas verdaderas; esa misma regla recibe su certeza sólo de que Dios es o existe, y de que es un ser perfecto, y de que todo lo que está en nosotros proviene de él; de donde se sigue que, siendo nuestras ideas o nociones, cuando son claras y distintas, cosas reales y procedentes de Dios, no pueden por menos de ser también, en ese respecto, verdaderas. De suerte que si tenemos con bastante frecuencia ideas que encierran falsedad, es porque hay en ellas algo confuso y oscuro, y en este respecto participan de la nada; es decir, que si están así confusas en nosotros, es porque no somos totalmente perfectos. Y es evidente que no hay menos repugnancia en admitir que la falsedad o imperfección proceda como tal de Dios mismo, que en admitir que la verdad o la perfección procede de la nada. Mas si no supiéramos que todo cuanto en nosotros es real y verdadero proviene de un ser perfecto e infinito, entonces, por claras y distintas que nuestras ideas fuesen, no habría razón alguna que nos asegurase que tienen la perfección de ser verdaderas.

Así, pues, habiéndonos el conocimiento de Dios y del alma testimoniado la certeza de esa regla, resulta bien fácil conocer que los ensueños, que imaginamos dormidos, no deben, en manera alguna, hacernos dudar de la verdad de los pensamientos que tenemos despiertos. Pues si ocurriese que en sueño tuviera una persona una idea muy clara y distinta, como por ejemplo, que inventase un geómetra una demostración nueva, no sería ello motivo para impedirle ser verdadera; y en cuanto al error más corriente en muchos sueños, que consiste en representarnos varios objetos del mismo modo como nos los representan los sentidos exteriores, no debe importarnos que nos dé ocasión de desconfiar de la verdad de esas tales ideas, porque también pueden los sentidos engañarnos con frecuencia durante la vigilia, como los que tienen ictericia lo ven todo amarillo, o como los astros y otros cuerpos muy lejanos nos parecen mucho más pequeños de lo que son. Pues, en último término, despiertos o dormidos, no debemos dejarnos persuadir nunca sino por la evidencia de la razón. Y nótese bien que digo de la razón, no de la imaginación ni de los sentidos; como asimismo, porque veamos el sol muy claramente, no debemos por ello juzgar que sea del tamaño que le vemos; y muy bien podemos imaginar distintamente una cabeza de león pegada al cuerpo de una cabra, sin que por eso haya que concluir que en el mundo existe la quimera, pues la razón no nos dice que lo que así vemos o imaginamos sea verdadero; pero nos dice que todas nuestras ideas o nociones deben tener algún fundamento de verdad; pues no fuera posible que Dios, que es todo perfecto y verdadero, las pusiera sin eso en nosotros; y puesto que nuestros razonamientos nunca son tan evidentes y tan enteros cuando soñamos que cuando estamos despiertos, si bien a veces nuestras imaginaciones son tan vivas y expresivas y hasta más en el sueño que en

la vigilia, por eso nos dice la razón, que, no pudiendo ser verdaderos todos nuestros pensamientos, porque no somos totalmente perfectos, deberá infaliblemente hallarse la verdad más bien en los que pensemos estando despiertos, que en los que tengamos estando dormidos.

ALFABETIZACIÓN ACADÉMICA

UNICACIÓN Y COMPRENSIÓN LECTORA

La importancia de la gramática en este curso de ingreso radica principalmente en comprender que para comunicarnos cada uno de nosotros debe ser un usuario responsable de su lengua. La comunicación es una forma de expresarnos y dar a conocer nuestras ideas ante los demás. El hombre tiene la necesidad de comunicarse para sobrevivir, ya sea comunicándose de forma oral o escrita pero debe seguir unas reglas que nos enseña la Gramática.

La Gramática es la que nos enseña a escribir correctamente las palabras y conlleva de igual manera a lograr una buena pronunciación. Es aquella que nos enseña la lengua, la cual nos aparta de todos los otros seres vivos. Al ser el estudio de las reglas y principios que regulan el uso de las lenguas nos ayuda a la organización de las palabras dentro de una oración.

Contribuye con la ortografía que cumple una función importante en nuestro lenguaje y comunicación ya que nos ayuda a expresarnos de forma correcta; es por ello que se usa la terminología de que como se escribe se habla o viceversa. En la sintaxis que es la forma de estructurar oraciones y en la forma que se combinan las palabras, la fonética que nos ayuda a entender la producción de los sonidos y su pronunciación, y la morfología que nos enseña los diferentes significados y uso de una palabra. Cada lengua tiene sus propias reglas, y es vital seguirlas para un claro entendimiento y para que exista una comunicación.

En conclusión la gramática es una forma muy importante de comunicación entre los seres humanos. Ayuda a mejorar el uso que haces de tu lengua, principalmente en la parte escrita (ortografía), al conocimiento de la estructura de las oraciones (sintaxis), a los componentes de las palabras y las oraciones (morfología), a los sonidos (fonética).